

*El tiempo es la imagen de la Eternidad,
el tiempo es tanto una idea abstracta, como una realidad de la vida.*

Platón.

I

4 de abril, 9:00 AM

Aislado sobre la cima de la montaña, oteando el vespertino horizonte perdido entre brumas, el guerrero, aún con los ojos cegados por el polvo y el viento, pudo distinguir los pendones y las lanzas que ostentaba la caballería real. Se acercaba a un ritmo frenético, sin duda blandiendo las espadas manchadas por la sangre de su pueblo. Alzó la mirada al cielo y se encomendó al Altísimo.

El teléfono móvil sonó.

- Dime.
- Vicent, ¿no has leído mi email?
- Sí Pol, estoy en ello. En dos meses está terminado.
- ¿Dos meses? No quedamos en eso, me están presionando y temo que se vaya todo al carajo. Lo necesito ya.
- Pol, escribo día y noche, la cabeza me echa humo y por lo menos tengo dos dioptrías más.
- Dos semanas. Ni un día más. Vicent, que me la estoy jugando. Como no esté listo olvídate de publicar para ellos.
- Está bien, dos semanas. Haré lo que pueda.
- Haz más de lo que puedas. Hasta pronto Vicent.

- Abur.

Vicent dudó un instante antes de volver a desplegar sus dedos sobre el teclado. Dos semanas. Sabía que era imposible. Dos semanas, a un capítulo por día...si escribiera veinte horas diarias y durmiera cuatro...Dos semanas de cuarenta y ocho horas diarias, quizás así... ¡Mierda! No hay por dónde cogerlo.

De nuevo sonó el teléfono móvil.

- ¿Qué pasa Anna?

- Vicent. Es viernes.

- Ya sé que es viernes ¿y?

- ¿Este fin de semana tampoco vas a ver a tus hijos?

- Anna, te dije que estoy con un proyecto importante. A la editorial le urge el manuscrito.

- No tienes que llevarlos a ninguna parte, los dejas en tu casa, les pones *la wii* y ni te vas a dar cuenta de que están.

- Anna, no. No puedo. Cuando entregue el manuscrito los llevaré a *Disneyland* París si hace falta, pero ahora no.

- Tú verás. Acabarán por no reconocerte.

- Anna...Ahora tengo mucho trabajo. Te dejo.

- Abur Vicent.

Vicent se deshizo del teléfono móvil como si le quemara. Estiró los dedos, cuyas articulaciones crujieron al desperezarse y tamborileó con ellos en el aire antes de golpear las teclas.

La yegua color canela relinchó barruntando la batalla. Irguió las dos patas delanteras cuando su amo tiró de las bridas con furia. El valor mermaba ante la proximidad del enemigo, y se sentía como un frío incontrolable que le provocaba

temblores en cada uno de sus miembros. Estaba sólo y derrotado, pero quiso pensar que no todo estaba perdido.

¡Bibip! En la pantalla del ordenador apareció una página web espontánea de publicidad. *¿Será posible? “¿Estresado? ¿Demasiado trabajo? ¿Te gustaría tener más tiempo? Nosotros te lo solucionamos. ¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Dos años? Tenemos una amplia variedad de espacios temporales que se adaptan a tus necesidades. Pulsa aquí y lo descubrirás.”* Vaya bobada. Ya no saben que inventar. Vicent cerró la ventana virtual.

Ricardo rodeó el monte en dirección este. Lo conocía como la palma de su mano. Sabía dónde esperar al enemigo sin ser visto. El bosque lo hospedaba y la luz del atardecer lo protegía.

“Pulsa aquí y lo descubrirás” De nuevo, cintilando como luces de neón de un club de alterne, la ventana de publicidad reapareció en mitad del texto, transgrediendo la esencia del relato. *¿Otra vez? Y cerró la ventana en un microsegundo, el mismo que tardó en volver a abrirse. “Pulsa aquí y lo descubrirás.”* *¿No me vas a dejar, verdad? La ventana le ofreció un luminoso parpadeo como respuesta. Vicent pulsó y la ventana se plegó hasta desaparecer en un punto central de la pantalla, tal como si se hubiera fundido. ¿Y? ¿Tanto insistir para nada? Maldita publicidad engañosa.*

La oquedad del monte le traía el sonido de los cascos de los caballos envuelto en eco, y los gritos de los soldados del rey, magnificados por el fragor de la batalla, le permitía intuir el número de enemigos que se acercaban.

El timbre de la puerta sonó. No, más interrupciones no.

Atrincherado tras un montículo rocoso, Ricardo pensaba en Isabel, deseaba que permaneciera en su mente mientras luchaba, quería morir con el recuerdo de su rostro...

De nuevo sonó el timbre.

Vicent se levantó furioso. Abrió la puerta sin pensar, con el hilo de la historia aún desenredándose en su cabeza. Un hombrecillo bajito, vestido con traje de pantalón y chaqueta decimonónica, chaleco a juego, corbata y un sombrero de paja de ala estrecha, le saludó afablemente.

- Buenas tardes caballero. – Levantó el sombrero y dejó a la vista el presagio de una hermosa calva, cubierta por una débil pelusilla castaña a punto de morir.
- Buenas tardes. – Vicent se fijó en el maletín de cuero marrón que cargaba en su mano izquierda.- No compro nada, y no puedo atenderle, estoy muy ocupado.
- Usted nos ha llamado – Dijo el hombrecillo sin dejar de sonreír.
- Yo no he llamado a nadie.

El hombrecillo sacó del bolsillo izquierdo de su chaqueta un folleto. “*¿Estresado? ¿Demasiado trabajo? ¿Te gustaría tener más tiempo? Nosotros te lo solucionamos. ¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Dos años? Tenemos una amplia variedad de espacios temporales que se adaptan a tus necesidades.*” Y lo colocó a la altura de su cara, a unos dos centímetros de su nariz. Vicent se apartó para poder leerlo.

- ¿Usted es el de internet? Pero, ¿cómo ha dado conmigo? ¿Quién es usted?
- Con su permiso – El hombrecillo encogió el cuerpo como una oruga y se coló por el angosto espacio que permitía Vicent entre su cuerpo y el marco de la puerta.
- No le he dicho que pase. Váyase, estoy muy ocupado.
- Precisamente vengo a hablarle de eso. – El hombrecillo dejó el sombrero en un perchero, se sentó en el sofá y acomodó el maletín sobre una mesa baja atestada de revistas. – Siéntese – le invitó ofreciéndole el asiento de enfrente, una maltrecha butaca gris.
- Le doy cinco minutos.

- De eso tengo de sobra. A quién le hace falta es a usted. – Tenía los labios muy finos, y cuando sonreía trazaba una línea continúa casi de oreja a oreja.

Vicent, vencido, se sentó con desconfianza, sin apartar su vista de aquel extraño hombre de rasgos anglosajones y gestos rápidos que lo miraba intensamente desde sus ojos azules y saltones. El hombrecillo abrió el maletín avalado por un aire de estudiada artificiosidad. Un teatral “voilà” hubiera rematado el momento, pero en su lugar un simple “aquí tiene la solución a sus problemas” fue lo que sirvió para presentar a Vicent el interior del maletín. Varios relojes de arena, todos de distintos tamaños y de distintos colores se distribuían ordenadamente sobre un lecho de terciopelo azul que los recogía primorosamente. Algunos tenían grabadas filigranas en oro y plata, rematados con brillantes, otros eran de madera tallada y metal, otros, los más vulgares, eran de plástico, de colores estridentes.

- ¿Qué es esto?- preguntó Vicent con agrio desdén en sus palabras.
- Tiempo.
- Son relojes de arena. No me interesa.
- Es lo que más le interesa en este momento.- De nuevo la fina y extensa sonrisa le cruzó la cara.
- Lo que más me interesa es dejar de escucharle y emplear mi tiempo en ...
- Tiene problemas de tiempo, ¿verdad?- Le interrumpió el hombrecillo. - ¿Cuánto necesita? ¿Tres meses? ¿Cuatro? - Cogió uno de los relojes de arena, del tamaño justo entre su dedo pulgar y su dedo corazón ligeramente flexionados. Estaba compuesto por una pieza central de vidrio en forma de ocho cuyo interior recogía una arena blanca y fina. El contenedor, cilíndrico, era de madera lacada, apuntalado con tres pilares trenzados en oro que lo cruzaban de arriba abajo y de izquierda a derecha.- ¿Bonito, verdad? – Dijo alzándolo a una altura superior a sus

ojos. Son seis meses. Suficiente para terminar su trabajo relajadamente, sin presiones.

Vicent se levantó. Frotó sus manos en el pantalón vaquero, a la altura de sus caderas, en un gesto que repetía a menudo, sobre todo cuando le colmaban la paciencia.

- Ya basta. No sé quién le manda ni de dónde viene. He sido educado y le he atendido. No tolero que me tome el pelo. Haga el favor de marcharse.
- Le entiendo. – El hombrecillo, sin denotar sorpresa ni desagrado, se levantó, cerró el maletín y se ajustó el sombrero en su nítida cabeza. Antes de abrir la puerta se volvió hacia Vicent y sacó algo del bolsillo interior de su chaqueta. – Permítame un pequeño obsequio.- Era un reloj de arena de escaso tamaño, con unas iniciales grabadas.- Es un día. Cuando desee usarlo dele la vuelta. Tendrá veinticuatro horas extra.

Tomó el pequeño reloj en su mano y vio marcharse al hombrecillo en un instante veloz, apenas perceptible. Un tipo raro, sin duda. Mejor olvidarlo cuanto antes. Cerró la puerta y se sentó de nuevo frente al ordenador.

Atrincherado tras un montículo rocoso, Ricardo pensaba en Isabel, deseaba que permaneciera en su mente mientras luchaba, quería morir con el recuerdo de su rostro...

Releyó la última frase tres veces, sin dejar de pensar en el hombrecillo. Acomodó la espalda en la silla y perdió un rato la mirada en algún pixel de coordenadas indefinidas. Estoy bloqueado. Se levantó, cogió una cerveza de la nevera y se volvió a sentar. Releyó. Volvió a releer. Apuró la cerveza y aún no había escrito ni una palabra. ¿Será posible que este tipo se haya llevado mi inspiración? Cogió un calendario. Miró los días que le quedaban hasta la entrega del proyecto. Marcó el último día en rojo. Catorce días. Miró el pequeño reloj de arena, lo tomó entre sus dedos y lo observó detenidamente. La

pieza de vidrio estaba compuesta por dos receptáculos de exactas dimensiones. El inferior contenía una arena fina entre beige y dorada que ocupaba tres cuartas partes del espacio. Estaba amparada en su parte superior e inferior por unas bases octogonales de madera unidas por tres pilares torzonados en forma espiral, tal como una columna salomónica diminuta. Las iniciales J.D. estaban grabadas en oro sobre la madera, en la base superior. Un poco barroco, pensó. Miró la hora. Las nueve en punto de la noche del cuatro de abril. Luego volteó el reloj y los finos granos de arena, atraídos por la fuerza de la gravedad, iniciaron una lenta bajada a través del orificio que comunicaba los dos bulbos.

Vicent se levantó, dio un corto paseo por el salón y regresó a su mesa de trabajo. Había cogido una lupa y la acercó al reloj. El polvillo de arena lo formaban unas partículas poliédricas de diferentes colores que de lejos se homogeneizaban en un solo tono. Es arena, normal y corriente. No tiene nada de extraordinario. Y se sentó de nuevo frente al ordenador.

...quería morir con el recuerdo de su rostro, vivo y latente en el caudal de sus venas. Incluso ignorando su paradero, si permanecía viva, o lo observaba amorosa desde el otro mundo, Isabel bombeaba su corazón insuflándole la fuerza vital necesaria para acometer tan bizarro despropósito. Por ti Isabel, dijo bajando la visera plateada de su yelmo.

Los dedos de Vicent golpeaban el teclado a un ritmo cada vez más acelerado. Concluyó el capítulo pasada la medianoche. Creo que me merezco un descanso. Cerró el portátil satisfecho y se fue a la cama sin cenar.

4 de Abril 6:58 AM

En el dormitorio, la primera luz que precede a la salida del sol empujaba tímidamente a la penumbra, para poco a poco ocupar su espacio. Vicent abrió un ojo para sorprenderla. Distendió miembros superiores e inferiores, abarcando toda la superficie de la cama, y bostezó ampliamente, a riesgo de desencajar su mandíbula. Había dormido como un bebé. Encendió la radio y entró en el baño.

“Si aún no has hecho planes para este fin de semana te sugerimos el concierto de Maná, mañana por la noche en el palacio de deportes. Aún quedan entradas que puedes retirar en la sede de nuestra emisora. Si te acabas de incorporar a nuestra sintonía, muyyyy buenos díaaaaas. Son las siete de la mañana, pero hoy no importa, amigo, sonríe: ¡Por fin es viernes!”

Vicent se hizo un pequeño corte con la hoja de afeitar. No puede ser. Cogió el móvil de la mesita de noche y miró la fecha. Cuatro de abril. Otra vez. Que no, que no puede ser. Marcó el número de su agente.

- Pol, ¿qué día es hoy?
- ¿Por qué me llamas a estas horas? Estaba durmiendo.
- Dime, ¿qué día es hoy?
- Es viernes...déjame ver el calendario...viernes cuatro de abril. ¿Por qué?
- Por nada, sigue durmiendo.

Vicent colgó, y, en calzoncillos, con la cara embadurnada de espuma y un hilillo de sangre bajando por su cuello, bajó de dos en dos los escalones que le llevaban al salón. Allí estaba. El pequeño pero hermoso reloj de arena, dejando escapar granito a granito la arena que llevaba en su panza. Aún no había cubierto ni la cuarta parte del receptáculo inferior. Aún tenía horas por delante.

4 de abril, 8:11 AM

Sentado frente a su ordenador Vicent aprovechó cada una de las horas regaladas y se unió a Ricardo en la feroz batalla, alzó la pesada espada de acero, y hendió el aire a tajos, buscando la cabeza del enemigo. Resistió envites que hubieran sido letales y combatió herido, casi sin resuello, con bravos soldados que mordían el polvo tras un golpe maestro del guerrero. Cuando hubo terminado la lucha, Vicent sintió una profunda lasitud, como si él mismo hubiera prestado su cuerpo a Ricardo, que yacía sobre el terreno compacto y oscuro, manchado de sangre y derrota.

Tras la última palabra escrita, una profunda angustia subió hasta su boca, resecañdola tanto como humedecía sus ojos. Se turbó al notar el brote de una lágrima, que recogió con el dorso de su mano antes de que alentara a las demás a salir. No me puedo permitir estos tontos ataques sentimentales. Soy un escritor serio. Miró el reloj. Eran más de las diez de la noche. Puso fin al capítulo noveno y de nuevo se acostó con el estómago vacío y el intelecto henchido de satisfacción.

5 de abril 8:40 AM

El sábado día cinco de abril amaneció con nubes bajas. La presión atmosférica caía como plomo sobre la cabeza de Vicent, haciendo de su interior un amasijo denso de dilatadas y palpitantes venas. Todo su cerebro se estremecía. Después de desayunar volvió a su tarea, pero las letras se juntaban de dos en dos y bailaban torpes las unas con las otras. Estoy espeso. Miró el reloj de arena. La arena ya estaba depositada en su totalidad en el bulbo inferior. Le dio la vuelta, pero los granos se habían compactado formando un bloque del que no se desmigaba ni una partícula. Ya no sirve. Apoyó los codos sobre la mesa y se sujetó la frente con las manos. Sintió el bombeo de la sangre en sus sienes y notó alivio presionándolas con los dedos. Con los ojos cerrados pensó en la novela, en su agente, en su editor, en sus hijos. Tiempo. Necesito más tiempo.

Resopló, abrió los ojos y luego conectó el *router*. Navegó por internet buscando aquel anuncio insistente. ¿Cómo se llamaba aquella empresa? No recuerdo que tuviera nombre. Ni siquiera sé el nombre de aquel hombrecillo.

¡Bibip! Emergió en medio de la pantalla una ventana virtual con el mismo mensaje. *“¿Estresado? ¿Demasiado trabajo? ¿Te gustaría tener más tiempo? Nosotros te lo solucionamos. ¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Dos años? Tenemos una amplia variedad de espacios temporales que se adaptan a tus necesidades. Pulsa aquí y lo descubrirás.”* Vicent pulsó y de nuevo un fugaz fogonazo convirtió la ventana en un punto negro en el centro gris de la pantalla.

Dos minutos más tarde sonaba el timbre de la puerta. El mismo hombrecillo, con el mismo traje y el mismo sombrero le saludó y lo llamó por su nombre.

- Buenos días señor Ripoll. ¿Le han resultado provechosas esas veinticuatro horas extra?
- No recuerdo haberle dicho mi nombre.
- Bueno, ha sido fácil, sólo he tenido que leer sus datos en el buzón. – Sonrió.

Un semblante de absoluta estupidez nubló la cara de Vicent.

- Cierto...pero entonces sería injusto que yo no conociera el suyo.- Salió al paso airosamente.
- Disculpe mis malos modales.- El hombrecillo entró hábilmente, levantando tras de sí la aromática estela de un perfume extraño y desconocido. – Mi nombre es Joan Doménech. – Le tendió la mano.
- Encantado señor Doménech. – Vicent recibió la pequeña mano del hombrecillo.
- Por favor, llámeme Joan.
- De acuerdo Joan, pase y siéntese.

Esta vez Joan se quitó, además del sombrero, la chaqueta, que colgó con cuidado en el perchero. Llevaba tirantes y pantalones de cintura alta y pernera ancha. La corbata era corta y en tonos grises. La camisa blanca y muy bien planchada. Cuando se sentó tiró de los pantalones hacia arriba, a la altura de los muslos, dejando ver unos calcetines a rayas negras y grises. A Vicent se le antojó la idea de que aquel tipo parecía sacado de una película muda de los años veinte, hasta podía imaginárselo en blanco y negro.

- Usted me desconcierta.

El hombrecillo lo miró desde abajo y volvió a dibujar la amplia sonrisa que se sujetaba a su rostro sin miedo a caerse. Después apoyó el maletín en la mesita y lo abrió, dejando al descubierto su muestrario de relojes de arena.

- Dígame, ¿qué es exactamente lo que usted necesita?- El hombrecillo empezó a remangarse los puños de la camisa. Parecía dispuesto a emplearse a fondo.

- Necesito terminar mi libro. Y me han dado una fecha imposible.

Joan extrajo con sumo cuidado un reloj ancho, italiano, de cristal de Murano, con bellos adornos en vivos colores. Lo alzó como un trofeo, sosteniéndolo delicadamente con la punta de los dedos

- Una belleza, ¿verdad? Contiene tres maravillosos meses, de alta calidad. No se arrepentirá.

- ¿Cuánto vale?

- Cinco mil trescientos treinta y dos euros con nueve céntimos.- Su sonrisa no languideció ni un ápice.

- Una barbaridad.

- Le aseguro que lo vale.

- ¿No tiene algo más económico? No nado en la abundancia.

El hombrecillo cimbreado la cabeza levemente mientras tanteaba entre sus relojes.

- Este contiene dos meses y medio, pero la calidad es algo inferior. – Le dijo mostrándole un reloj cuadrado de metal, con los bulbos un poco más pequeños. – Dos mil cuatrocientos seis euros con trece céntimos.
- No puedo pagar eso. ¿Y éste? – Vicent señaló un reloj de plástico, con las bases en color burdeos.
- Son tres meses, doscientos euros. Pero yo no se lo aconsejaría. Es muy inferior...
- ¿Son tres meses, no? Pues eso es lo que necesito. – Vicent tanteó su cartera en el bolsillo trasero del pantalón y sacó cuatro billetes de cincuenta euros.

El hombrecillo tomó el dinero y le entregó el reloj.

- Encantado de hacer negocios con usted, señor Ripoll. – Se acomodó el sombrero, cerró el maletín y se marchó con la chaqueta en el brazo a la velocidad del rayo.

Cuando se quedó solo Vicent miró el reloj. Pesaba poco, parecía uno de esos relojes de juegos de mesa. ¿Me habrá timado el tipo este? Es fácil de averiguar. Vicent colocó el reloj encima de una estantería llena de libros. Lo miró un instante y luego lo volteó. A ver qué pasa.

5 de abril, 7:46 PM

Transcurrió la tarde plácidamente. El dolor de cabeza aminoró y pudo empezar el capítulo décimo. Ensimismado en el tip-tip de las teclas no oyó la primera vez que sonó el timbre. La segunda vez vino acompañado de golpes secos.

- ¡Voy! – Vicent se levantó con la última palabra escrita prendida de sus dedos.
- ¿Vicent Ripoll? – Era un hombre alto, vestido con traje de chaqueta azul marino, y secundado por un soldado con uniforme del ejército de tierra.

- Soy funcionario del ministerio de defensa. – Le mostró el carnet que lo acreditaba.
- Me envía urgentemente el Secretario. Parece que es imposible comunicarse con usted. Tiene que venir conmigo.
- ¿Pero qué dice? ¿A dónde?
- Soldado Ripoll, - el hombre levantó la barbilla y alzó la voz - usted no se ha presentado en el cuartel a pesar de la notificación certificada.
- ¿Soldado? ¿De qué notificación me habla?
- Usted ha sido destinado a Irak. ¿Cómo es que no lo sabe? Tenía que haberse presentado hoy en el cuartel General de la Armada.
- Yo no soy militar, soy escritor.

El funcionario le entregó la notificación fechada en octubre del 2003. Vicent la leyó con la mente convulsa. El dolor de cabeza pulsátil regresó de repente, como un mazazo. El papel le temblaba en las manos. Efectivamente eran sus datos, y era llamado para relevar a una de las tropas españolas en la zona de guerra... Hace ocho años...

- Señor, debe haber una confusión...Yo...ni siquiera he hecho el servicio militar...la fecha es de hace...
- Mire - le interrumpió el funcionario - , este no es mi trabajo, en realidad le estoy haciendo un favor. Estoy evitando que lo arresten.

Vicent lo miró compungido, se acordó del reloj de arena, del hombrecillo del sombrero de paja, y de sus doscientos euros.

- ¿Cuánto tiempo estará el relevo en Irak?- Preguntó Vicent.

El funcionario miró al soldado que había permanecido quieto y mudo detrás de él.

- Suelen ser relevos de tres meses. – Dijo el soldado sin mover un músculo que no estuviera en su cara.
- Bien, dejen que tome un par de cosas y me marchó con ustedes.

- Le esperamos en el coche.

Vicent entró en el salón y se precipitó sobre el reloj. Le dio la vuelta para invertir el efecto, pero la arena desatendía las leyes de la gravedad y seguía filtrándose a través del orificio interior en el sentido contrario al que dicta la naturaleza. Lo lanzó al suelo, y sólo consiguió que rebotara. Lo pisó, lo pateó y finalmente lo tiró a la basura. Fuera sonó el claxon de un coche. Vicent miró por la ventana. Le estaban esperando.